

Manuel Maples Arce

Recordando a Santiago



ENTRE los recuerdos de mi vida diplomática, que ha transcurrido en medio de continuos viajes y los más contrastados cambios de ambiente, mi estancia en Chile tuvo muy interesantes y gratos matices. Yo sentí desde mi niñez vocación de viajero, pero los viajes de un diplomático son a veces un tanto azarosos y ajenos a su voluntad. La posibilidad de una visita a la América del Sur, sin embargo, estaba latente desde que en 1944 comencé a servir puestos en el Continente, pero en verdad, no me había formado el propósito de ir a Chile, aunque tenía por este país lejano más que una simple curiosidad, la cordial simpatía que me había despertado el intercambio de libros y correspondencia con algunos de sus hombres de más alto valer intelectual. De manera que mi designación como embajador en aquel país, me causó la más agradable sorpresa y fué con una esperanzada emoción que emprendí, juntamente con mi familia y mi viejo y querido amigo el general Heriberto Jara, el camino por los litorales del Pacífico del sur hasta llegar a Valparaíso, cuya pintoresca situación, en un escenario de montañas que circundan la bahía, sorprende al viajero de una manera jubilosa.

Mis primeras impresiones con la tierra chilena no podían ser más agradables. La fraternidad entre nuestros pueblos se hizo desde

luego patente. En el orden oficial, el Presidente González Videla puso a mi disposición el tren presidencial; las autoridades porteñas se hicieron presentes a bordo para darme la bienvenida y los servicios de migración y aduana me atendieron en la forma más expedita y cortés. Ahora, en el caso particular, los periodistas y escritores que me aguardaban en el muelle, me hicieron objeto de una cálida recepción. Departí con ellos y contesté a numerosas preguntas relacionadas bien con el interés de mi misión o con mis actividades intelectuales y más tarde fui agasajado con una comida en uno de los principales restaurantes de la ciudad.

En Santiago a donde llegué el mismo día, pues la capital se halla a tres horas escasas de ferrocarril, se renovaron los mismos actos de acogida cordial; muchos de los amigos que no pudieron estar presentes en la estación fueron a visitarme al día siguiente a la embajada.

Después me siguieron visitando espontáneamente gentes que por alguna razón han tenido contacto con México y otros más tuvieron la gentileza de enviarme sus afectuosas palabras de saludo y bienvenida. Nunca, durante mi estancia en Chile, dejé de tener el trato afectuoso tanto de los elementos oficiales como de los particulares y en el transcurso de mi gestión que se prolongó por cerca de dos años, la embajada fué, para mi íntima satisfacción, un centro de amistad, de intercambio y de solidaridad entre México y todos los grupos representativos de la vida social e intelectual de aquel país. Y quiero recordar, con agradecimiento, las atenciones que me dispensaron los dos ministros de Relaciones Exteriores con quienes me tocó actuar: don Germán Riesco, hijo de un presidente ilustre, y don Horacio Walker. El primero de una grata conversación matizada de suave humorismo y el segundo, brillante orador, hombre de trato afable, que tenía de México una reminiscencia sentimental de su juventud, cuando acompañado de su padre visitó nuestro país a principios del siglo.

* * *

No voy a hacer un esquema metódico de la vida intelectual de Chile, sino a evocar simplemente ante vosotros algunos rasgos esenciales que la definan; apuntar ciertas informaciones que hagan comprensibles el amplio desarrollo cultural que ha alcanzado en los últimos años y dar testimonio de mi trato con los hombres representativos que han influido en el carácter y la fisonomía intelectual de su patria, pues estimo que la cultura latinoamericana debe ser conocida e incorporada al acervo de los valores nacionales.

El gran desarrollo intelectual de Chile se manifiesta inequívocamente en sus numerosos centros educativos universitarios y politécnicos. Santiago, por ejemplo, cuenta con dos universidades: una católica, de espíritu aristocrático, y otra, laica y popular que se levanta no lejos de la primera, frente a los árboles de la Alameda que evocó Rubén Darío en una breve estampa del *Album Santiagués*.

Poseen ambas un cuerpo docente muy brillante en el que figuran algunos sabios extranjeros. Las salas de conferencia están siempre pletóricas; no escasea por cierto el público femenino que sigue apasionadamente y con avidez receptiva, todas las manifestaciones de la vida intelectual. Goza la Universidad de Chile el prestigio de que en sus aulas derramaron su luz ilustres educadores del pasado como Bello, Hostos, Sarmiento, Alberdi, etc., y en la actualidad humanistas y maestros de valer que periódicamente se hacen oír en la cátedra.

En Concepción, la tercera ciudad del país, situada en la línea principal de comunicaciones hacia el sur y cerca del centro siderúrgico más importante, existe también un centro universitario que recibe a los alumnos de otras ciudades de aquella zona como Valdivia en la que la colonización alemana fué preponderante y le ha dado fisonomía racial y cultural de tipo europeo. La Universidad

de Concepción, se halla ubicada en un paraje bellísimo, en medio de jardines rodeados de colinas pobladas por una vegetación densa e intensamente verde.

El más importante centro politécnico funciona en Valparaíso, ciudad donde también existe una escuela naval que goza de gran prestigio. Conviene hacer notar que junto con estas escuelas de altos estudios la educación popular ha tomado un gran impulso particularmente a partir de 1920 en que el Congreso dictó la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria, con lo que se ha conseguido que el número de analfabetos que era muy crecido se reduzca a menos de la mitad.

El éxito de la obra educativa se hace naturalmente sensible en el consumo de libros y periódicos que se editan en el país. El pueblo chileno es, con seguridad, uno de los que más leen en la América española. La población de Chile apenas alcanza la cifra de seis millones de habitantes, y sin embargo, consume proporcionalmente grandes ediciones.

En lo referente a periódicos, Chile tiene desde luego "El Mercurio" que es el decano del periodismo en la América española. Apareció por primera vez en Valparaíso en 1827 y allí imprime todavía una edición diaria, aun cuando, con el mismo nombre publica su edición principal en Santiago, bajo la acertada dirección de Rafael Maluenda, hombre que a su experiencia de periodista sagaz, de fina inteligencia que maneja diestramente el género de la crónica, une las cualidades de delicioso conversador y cuentista de vigorosa expresión. Le sigue en importancia "El Diario Ilustrado" periódico conservador de gran influencia pública por la honestidad de su orientación, escrito con gran energía y viveza, especialmente en sus editoriales polémicos y que dirige uno de los maestros del periodismo, don Luis A. Silva, otrora impugnador de la Revolución Mexicana, con quien tuve largas pláticas de explicación y a quien, si no convencí, logré interesar en la marcha de nuestro movimien-

to social, pues es hombre de temperamento generoso y espíritu abierto y comprensivo.

“La Nación”, periódico que dirige un hombre de espíritu moderno, el dinámico Ramón Cortés Ponce, que ha logrado imprimirle interés a pesar de que como órgano que refleja las corrientes del pensamiento oficial, tiene las limitaciones que caracterizan a este tipo de publicaciones.

Todos estos periódicos publican el domingo un suplemento de alto valor literario. El de “El Mercurio” está redactado principalmente por el crítico Hernán Díaz Arrieta que firma con el seudónimo de *Alone*, el poeta Víctor Domingo Silva (quien tuvo la gentileza de obsequiarme la edición agotada de *Azul* de Rubén Darío con el prólogo suyo), y el ensayista Ernesto Montenegro y el erudito Raúl Silva Castro.

El de “El Diario Ilustrado” que se publica bajo el cuidado de Lautaro García que en finas estampas retratará la época romántica de Chile, reúne valiosas colaboraciones que presenta con buenos grabados y viñetas que hacen su lectura más agradable y el de “La Nación” en que figuran firmas prestigiosas.

Se publican muchas revistas y de las más variadas tendencias, como “Atenea”, órgano de la Universidad de Concepción, “Revista de Filosofía”, “Revista de Arquitectura”, “Occidente”, “Revista Musical”, “Babel”, los muy estimables “Anales” de la Universidad de Chile y el hebdomadario “Pro-Arte”, que al par que refleja la vida intelectual chilena, registra las más nuevas tendencias de literatura, el teatro y las artes plásticas. Aun en publicaciones subordinadas a la actualidad informativa y gráfica —“Zig-Zag” y “Ercilla”— escritores como Benjamín Subercaseaux, Daniel de la Vega, Lenka Franulic, etc., elevan la calidad del periodismo.

Esta inquietud de la lectura ha permitido el desarrollo de empresas editoriales dedicadas a la difusión del libro, pero dándole preferencia a los autores chilenos. Ediciones agotadas de obras del pasado, como el curioso libro barroco del siglo XVII, *El Cautivo Feliz*,

de Núñez de Pineda, es hoy accesible gracias a la editorial "Zig-Zag", que al mismo tiempo que ha mejorado la presentación tipográfica y los materiales de impresión, rectifica su anterior actitud en relación con los derechos de autor. La misma firma editorial ha publicado el delicioso libro de recuerdos de Vicente Pérez Rosales y las novelas de Alberto Blest Gana (1830-1920), que en la época en que el romanticismo estaba en su apogeo en la América, escribió, con la inspiración y la técnica de Balzac, sus novelas realistas. El mismo Blest Gana, que fué ministro de Chile en Francia, donde residió mucho tiempo y allí reposa para siempre, confiesa que fué Balzac su modelo y con la experiencia de sus lecturas de *La Comedia Humana*, describió en vivos documentos la sociedad que se gestaba en su patria. En su magistral obra *Martín Rivas*, que data de 1862, dió el más minucioso y completo cuadro de la sociedad chilena de mediados del siglo pasado, presentando el papel que jugó la política y el dinero, las pugnas entre "pipiolos y pelucones" o sean liberales y conservadores, la división de clases representadas por la gente de dinero, la de medio pelo y "los rotos" que equivalen en Chile al tipo que en México denominamos "pelado" aunque con características peculiares que le ha impreso el medio social y especialmente la sangre y la raza. Esta novela es una acertada imagen de la vida santiaguina de su época con sus fiestas populares, ceremonias eclesiásticas, mercados y ambiente costumbrista. En otra de sus grandes obras, *Durante la Reconquista* (1897), describe magistralmente la lucha por la independencia durante los años terribles del despotismo español (1814-1818) desencadenado después de las derrotas de O'Higgins y Carrera en la que el pueblo chileno tuvo un comportamiento tan heroico que hacen de este libro una verdadera epopeya. En *Los Transplantados* (1904), pinta Blest Gana la situación de las familias pudientes de su país, que iban a residir a París llevadas por el empeño pueril de alcanzar aristocracia y nobleza.

A otro editor de mérito, don Carlos George-Nascimento, cuya librería y editorial es conocida por su apellido, se debe la difusión

de la producción nacional contemporánea. Lleva "Nascimento" publicados ya más de mil títulos. De sus prensas salieron los primeros libros de los maestros de la poesía y del arte narrativo chilenos.

Libros importados han aparecido igualmente bajo el signo de "Orbe", "Nuevo Extremo", "La Editorial del Pacífico", "La Sociedad de Bibliófilos" y "Rapa-Nui", que publica libros ilustrados para niños.

Por su buen estilo editorial y la selección de sus textos, "Cruz del Sur" que dirige Arturo Soria, ha logrado interesar a un público curioso y escogido. En la colección "Fuente Escondida" han visto la luz obras tan peregrinas como el *Orfeo*, de Juan de Jáuregui, que no se reimprimía desde hace dos siglos, y en la serie de autores chilenos, obras de d'Halmar, González Vera, Rivadeneira, Carlos Vicuña y Labarca Hubertson.

Bajo la incansable iniciativa del mismo editor, el *Archivo de la Palabra*, reúne las voces de escritores y obras mejores de la poesía tradicional y moderna que constituyen la esencia espiritual del mundo iberoamericano. Entre sus grabaciones figuran las voces de Dámaso Alonso, Rafael Alberti, Pablo Neruda, y breves colecciones de poemas colombianos, afrocubanos, uruguayos y finalmente un disco de poesía mexicana que yo interpreté procurando dar a cada poema el sentido de su equilibrio y de su ritmo. Infortunadamente la colección mexicana quedó trunca, pues debería constar de tres discos que mi ausencia ya no me permitió realizar.

* * *

Todo este mundo intelectual reside particularmente en Santiago. La ciudad que con el nombre de Santiago del Nuevo Extremo fundó a orillas del río Mapocho, el 12 de febrero de 1541, el capitán Pedro de Valdivia. A este soldado de perseverante voluntad, el verdadero conquistador de Chile, pues la tentativa de Diego de Almagro no fué más que un episodio inicial en el fragor de la em-

presa, se deben las primeras descripciones del ambiente y del paisaje del valle santiaguino que en forma lapidaria han quedado escritas al pie del Cerro Santa Lucía que ornado de escalinatas, de pórticos y de fuentes se yergue en el corazón de la ciudad.

Para suerte de Chile, no fué Valdivia un soldado raso, aventurero sin escrúpulos, sino un hombre de condición moral superior, amante de las letras cuyos testimonios escritos acerca de sus andanzas y fundaciones, poseen —al decir de Ricardo A. Latcham— “la áspera calidad de los poemas épicos y la castiza raíz de los cronistas de más castellano linaje”. También en Valdivia se encuentran los primeros elementos descriptivos para el conocimiento de la vida de Santiago durante la conquista.

Quien ahora contempla esta ciudad de 1.200,000 habitantes, sus amplias plazas, sus alamedas, y sus barrios altos que se extienden hasta los terrenos del Golf, no puede imaginarse la fundación rudimentaria de sus orígenes y las broncas luchas que tuvieron caracteres de epopeya y que hicieron durante un siglo de esta ciudad el campamento de los tercios del rey que iban a desangrarse en la guerra de Arauco. Los hombres de armas pasaban ocasionalmente por Santiago que vivía en el sobresalto bélico. Por la ciudad, recién fundada, donde los hombres dormían con el arma bajo el brazo, debió pasar Alonso de Ercilla que estuvo en las batallas campales que describe en las bronceíneas estrofas de *La Araucana* para acompañar a su general don García Hurtado de Mendoza, hijo del virrey del Perú, a la conquista de la última tierra que vieron por primera vez los ojos de Magallanes y que ya estaba descubierta hasta el valle de Chiloé.

Arquitectónicamente, la ciudad de Santiago define su perfil en el siglo XIX. Los vestigios arquitectónicos de la época colonial, son muy modestos. Se conservan el templo franciscano y el convento y alguna casona antigua de aspecto pueblerino. El monumento más importante de orden neo-clásico, data de fines del siglo XVIII, si no me es infiel la memoria. Los planos de este edificio estaban des-

tinados originalmente a México, pero por un trastrueque del correo, fueron a dar a Chile y sobre ellos se construyó la Casa de Moneda, que actualmente es la residencia del poder Ejecutivo y aloja además, al ministerio de Relaciones Exteriores conocido con el nombre genérico de "la Moneda". La plaza de Armas tiene más bien un aire francés que español, pero los portales que la circundan, con sus puestos de baratillo y de comidas y golosinas me recordaban emotivamente a nuestras plazas. La ciudad, que está asentada en un valle a 500 metros sobre el nivel del mar, emerge circundada de un escenario de áridas montañas que en el invierno se recubren totalmente de nieve. Cuando el cielo está limpio y azul, lo que no es raro, dan la ilusión estas montañas de estar al alcance de nuestra mano, y a veces también, en los atardeceres, bajo el esplendor fúlgido de las puestas de sol, producen los más raros e inquietantes efectos de óptica, pues las rocas centellean con tonos azules, topacios, esmeraldas y violetas y ríos de un rojo encendido parecen despeñarse hacia el valle.

Los barrios residenciales tienen un carácter preponderantemente moderno donde se identifican fácilmente los estilos francés, inglés o alemán. Las mismas influencias espirituales están presentes en la decoración de los interiores, donde abundan los muebles, pinturas y cerámicas de origen europeo. Estas influencias han modelado la fisonomía general del país, lo que se explica, porque los elementos aborígenes ni tenían el alto grado de cultura que habían alcanzado los incas, mayas y aztecas, ni se fundieron en una nueva forma cultural al efectuarse la conquista. Faltó en primer lugar el mestizaje que en México unificó de manera más perfecta a las dos razas y tampoco existió la colaboración entre las formas de la técnica europea y la mano de obra experta que labró la piedra y talló las maderas que ocuparían los altares dorados que ornaban las catedrales e iglesias mexicanas. En fin, tampoco podía Chile recoger las experiencias de los países americanos más avanzados, porque sus contactos espirituales y sus intereses económicos, lo vinculaban al

Viejo Mundo. Esto no quiere decir que el espíritu chileno no posea los elementos de originalidad y de adhesión al nuevo mundo. Todo lo contrario, en la organización de sus instituciones, en el mensaje de sus hombres públicos y en la inquietud de sus escritores y artistas se busca la definición de su propia personalidad.

Las fuerzas de la naturaleza americana pugnan por prevalecer en su creación literaria y artística, pero no hay que exigir que ésta se defina con caracteres tan acusados y clásicos como en los países de una tradición y cultura perfectamente maduras por el correr de los siglos.

Chile es un país joven, su vida colonial transcurrió extraña a las posibilidades de expansión que existían en las cortes virreinales, y por eso mismo su avance fué extraordinario después del movimiento de independencia en que el esfuerzo de los emigrantes, el desarrollo de la riqueza nacional y sus inquietudes de pueblo de litoral marino, lo impulsó a desplegar las velas de sus naves hasta las costas de California y las islas del Pacífico. Se siente, sin embargo, para referirme sólo a las letras, que hay un esfuerzo magnífico por dar significación a su destino y que algunos de sus géneros literarios, han conseguido plena madurez.

Por mucho tiempo se dijo que la literatura chilena era esencialmente jurista, sociológica e historiográfica, afirmación que hay que aceptar, sin embargo, con reservas, pues si es cierto que en el siglo XIX ofrece preponderantemente tales características, al mismo tiempo tiene significación en la oratoria y no faltan ensayos interesantes como los de José Victorino Lastarria (1817-1888), defensor de la reforma liberal por la que sufrió incomprendiones y destierros y la que levantó siempre en sus brillantísimos escritos que unían a la nobleza del pensamiento, la consistencia, el vigor y la firmeza del estilo. Fué precisamente Lastarria el fundador de la primera sociedad literaria el 3 de mayo de 1842, con la participación de un grupo de escritores agrupados en torno del "Semanao de Santiago". Coincide este movimiento, estimulado por Andrés Bello, Sal-

vador Sanfuentes y Vallejo con la llegada de los emigrados argentinos que venían huyendo de la tiranía de Rosas y entre los que sobresalían Sarmiento, Alberdi y Rivadencira, quienes fundaron "La Revista de Valparaíso" y "El Museo de Ambas Américas", periódicos que provocaron agitación y polémica en el ambiente cultural de Chile, particularmente cuando Sarmiento, encendido contradictor, atacó al insigne Bello llamándolo "tradicionalista rígido y dogmático" y calificando a la juventud que le seguía "de encogida y perezosa" a la vez que clamaba: "Es la perversidad de los estudios, el influjo de los gramáticos, el respeto a los "admirables modelos", el temor de infringir las reglas, lo que tiene agarrotada la imaginación chilena..." Lastarria responde con un discurso que es a la vez el programa de la naciente literatura de su país como expresión nacional.

"Es preciso que la literatura —dice— no sea exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho, porque entonces acabará por someterse a un gusto apocado a fuerza de sutilezas. Al contrario, debe hacer hablar todos los sentimientos de la naturaleza humana y reflejar todas las afecciones de la multitud, que en definitiva es el mejor juez, no de los procedimientos del arte, sí, de sus efectos". El movimiento literario cobra rápido impulso al reconciliarse chilenos y argentinos por lo que, en aquel año augural, Lastarria dice: "el espíritu público emancipado comenzó a hacerse librepensador en religión, liberal en política y romántico, es decir independiente, en literatura".

No hay que olvidar que la madurez literaria no aparece de manera súbita. Por eso las cualidades creativas apenas se esbozan en el pasado siglo en que la expresión más importante la constituye las novelas realistas de Blest Gana, de las que ya hablé anteriormente.

Estamos en el último cuarto del siglo XIX. Lastarria ha terminado ya su apostolado, y Rubén Darío, que llega en esos días a Chile (24 de junio de 1886), lo encuentra inmóvil en su sillón ven-

cido por el tiempo. Y cuando poco después el gran viejo se desploma Darío acuña en su honor un soneto consagradorio.

Fué en Chile donde Darío encontraría el ambiente propicio que estimularía su sensibilidad dilatando al mismo tiempo el horizonte de su cultura, gracias a las facilidades de lectura que tuvo en la Biblioteca Nacional de Santiago y en la privada del presidente Balmaceda, con cuyo hijo Pedro, que era un muchacho de despierta inteligencia y fina curiosidad literaria, se vincula en fructífera amistad. Allí recibe las influencias francesas de los Goncourt, Maupassant y Gautier, y a su vez él influye sobre el grupo que lo admira y rodea. En 1888 Rubén que se había refugiado en Valparaíso, publica *Azul*. A pesar del extraño silencio con que se le recibe en los periódicos de Santiago y especialmente en "La Epoca", que omite la publicación de las cartas en que don Juan Valera elogia la originalidad de su poesía, el libro produce entusiasmo en todos los cenáculos literarios de América hispana, y en México, Gutiérrez Nájera y Luis G. Urbina, subrayan la significación del mensaje poético de Darío.

Mientras en otros países de la América había ya, una creación poética nutrida y de extraordinaria calidad, en Chile la poesía no acertaba a cristalizar plenamente. Fué, sin embargo, la influencia de Darío la que despierta las primeras inquietudes de la renovación modernista, y poco después comenzaron a oírse las voces de Julio Vicuña Cifuentes, Víctor Domingo Silva, Francisco Contreras, crítico y novelista, además, de gran firmeza literaria cuya obra trascendió al público europeo a través de las páginas del "Mercure de France". También merecen recordarse los nombres de Carlos Pezoa Véliz, aunque éste se aleja de los esplendores versallescos del modernismo, y se adentra con un matiz postromántico en la naturaleza chilena y en el sentimiento del pueblo: Diego Dublé Urrutia, autor de un libro titulado *Del Mar a la Montaña*; Manuel Magallanes Moure, que por su melancolía y el matiz de su emoción, se identifica con algunos simbolistas franceses, animador, justa-

mente con Pedro Prado del grupo que el propio Magallanes Moure designó con el nombre de "Los Diez". El grupo estaba integrado por Pedro Prado, su verdadero promotor, Magallanes Moure, Armando Donoso, Eduardo Barrios, Augusto d'Halmar, Alberto Ried, todos éstos escritores y los músicos Acario Cotapos y Alfonso Leng y los pintores Juan Francisco González y Julio Ortiz de Zárate. El movimiento de "Los Diez" que publicó una revista con el nombre del grupo tuvo marcada influencia que le da esplendor a la literatura y al arte chilenos. En las páginas de la revista surgirían las figuras de Gabriela Mistral, Rafael Maluenda y Fernando Santiván, autor de una deliciosa novela, *La Hechizada*, que es una pequeña obra maestra.

Todo lo que os he venido exponiendo es el resultado de mis atisbos, curiosidad y lecturas realizadas en el ambiente de aquel país, unidos al conocimiento que del mismo había logrado formarme con el deseo de aquilatar los valores de América. Ahora quiero, como dije al principio, daros un testimonio vivo al que se mezclarán necesariamente elementos autobiográficos, de mi trato con los exponentes representativos de la cultura chilena.

A mi llegada a aquel gran país hermano, tuve el deseo, desde luego, de estrechar las manos de aquellos con quienes tuve correspondencia literaria en mi juventud. de aquellos con quienes intercambié libros y revistas o a los que conocí más recientemente durante mis misiones diplomáticas. Muchos de estos amigos estaban en el extranjero. Extrañé y lamenté la ausencia de Gabriela Mistral, la de los dolorosos e intensos *Sonetos de la Muerte*, que por aquellos días reposaba en el horizonte cordial de los vergeles jalapeños; la de Pablo Neruda, el poeta de *Residencia en la Tierra*, a quien había conocido en París, no recuerdo presentado por quién y ni en qué circunstancias, pero al que tengo presente en nuestras charlas de los cafés de Montparnasse y cuya voz largamente cansada había de volver a mí en las grabaciones de "Cruz del Sur"; la de Salvador Reyes, poeta del mar cuyos libros están impregnados de la aventura y

el encanto de los puertos; la de Marta Brunet, cuyos admirables cuentos dan una nota de emoción evocadora del campo de su patria y la de otros escritores a quienes había leído hace tiempo en México, como Rosamel del Valle, Juan Marín y Humberto Díaz Casanueva con quien apenas conversé en una ocasión pues salía para Lima con una comisión diplomática. Y extrañé y lamenté también la ausencia eterna de Vicente Huidobro a quien conocí y traté durante mi primera estancia en París y cuya poesía, especialmente algunos fragmentos de *Altazor* y el *Monumento al Mar*, leí recordando al viajero ido bajo las arboladas del Parque Forestal.

* * *

Fué Augusto d'Halmar, uno de los primeros intelectuales chilenos que conocí. Nos encontramos en el banquete que el Pen Club, bajo la presidencia de Ricardo A. Latcham, dinámicamente secundado por la escritora Chela Reyes, nos ofreció, conjuntamente, a Federico de Onís y a mí. Allí también tuve ocasión de reanudar una vieja amistad interrumpida desde mi época de estudiante, la del poeta Rubén Azócar que vivió entre nosotros y aquí hizo su carrera de profesor. Desde aquel día, me seguí viendo con d'Halmar que era asiduo visitante de la embajada y jamás faltaba a los actos sociales y culturales relacionados con México.

Aunque amaba la soledad, y supo preservarla, la experiencia del trato social no era contraria a su sensibilidad. Gustaba de discurrir largamente con sus amigos y hubo ocasión que en grata sobremesa nos sorprendiera el alba. En la conversación brillaba por su extraordinaria facultad de narrador; cualquiera anécdota, por insignificante que fuese, tornábase sugestiva y atrayente en sus labios aunque muchas veces no fuera rigurosamente auténtica, pues siempre sospeché que en sus relatos había una mezcla de realidad y fantasía y es que hombre de largas peregrinaciones había visitado muchos países y tratado con gentes de la más distinta condición, lo que ha-

bía terminado por confundir sus ensoñaciones de poeta con sus recuerdos trashumantes.

Muchas veces escuché en el Salón de Honor de la Universidad de Chile sus conferencias en que la cálida sonoridad de su voz y la elegancia de su buen decir embelesaban al auditorio. Su erguida figura de cabellos plateados, bajo el chaquetón de marino que habitualmente usaba, tenía el gallardo porte de un caballero de antaño. Así lo vi presidir todos los cenáculos, ajeno a rivalidades y discordias, generoso y persuasivo, esparciendo los dones de su clara inteligencia.

Nacido en Valparaíso el 23 de abril de 1880, tuvo siempre efición por las rutas del mar; su obra está llena de alusiones y nombres marinos y hasta un pequeño libro *Mar* que lleva por subtítulo "Historia de un Pino Marítimo y de un Marino", dedicado a Pierre Loti, otro viajero insaciable, consagra su obsesionante pasión, nostálgico del "camino, aunque no usado, alegre y cierto..." a que aludió Cervantes.

Peregrinó d'Halmar por el viejo Oriente pues fué cónsul de su país en Calcuta y de aquellos viajes aparecen fulgurantes recuerdos en sus obras: *Nirvana* y *La Sombra del Humo en el Espejo*. Algún tiempo después vivió en París donde conoció a Miłosz, el gran poeta lituano, cuyos misteriosos poemas tradujo en forma impecable, y pasó largos años de su vida en España, por la cual guardó siempre predilección y encendido fervor. Se identificó con el alma española y fué tenacísimo defensor de aquel pueblo al cual amó tanto como a su propio pueblo.

La obra completa de d'Halmar comprende una veintena de volúmenes entre los que se destacan *La lámpara en el Molino*, *La Muerte del Cura Deusto* y *Cristián y yo*. De este conjunto pueden seleccionarse páginas de acendrada belleza, como las da aquel sueño poético en que cuenta las jornadas de una plumilla de cardo impulsada por el viento que termina consumiéndose en la lejana

hoguera de un bosque abrasado por el rayo y que es como la imagen de nuestro destino.

No tuve el privilegio de disfrutar mucho tiempo de su encantadora amistad. A los sesenta y ocho años de edad, atacado por una afección bronquial, murió después de una corta agonía.

Una tarde lluviosa fuimos a dejar al "hermano errabundo" como lo llamó Nervo, por la avenida, simbólicamente nombrada de la Paz, bajo los pinos del cementerio que estremecen los largos vientos de la cordillera.

* * *

Las ocasiones de contacto con los escritores se me fueron presentando espontáneamente. A Pedro Prado lo conocí bajo la cordial filantropía de Enrique Santos, embajador por aquel entonces de Colombia, más popular por su seudónimo literario de Calibán, que como diplomático. Recuerdo exactamente, que al avistarnos en la mesa, sonreímos como viejos conocidos. "Comprendí de inmediato —me dice Prado después— que seríamos amigos".

Pocas semanas después se otorgaba a Prado el Premio Nacional de Literatura que es el máximo galardón oficial con que el gobierno premia a los escritores y por una gentileza del rector de la Universidad de Chile, don Juvenal Hernández, presidí, al lado de las altas autoridades aquel acto solemne en el que Prado, a pesar de las dificultades de dicción que le originaba una enfermedad que venía padeciendo y que ya le había ocasionado varios ataques, produjo una bellísima pieza oratoria en la que evocando su infancia trazó un sentido retrato de su padre, e hizo hondas reflexiones acerca de su concepto de la poesía.

En otras muchas ocasiones me encontré con Prado, unas veces en mi casa, en la calle, otras más en la librería o en reuniones de amigos y siempre conversé con este fino espíritu que solía preguntarme cosas de México y aludía afectuosamente a González Martí-

nez, a Alfonso Reyes, a Alfonso Cravioto, a Antonio Castro Leal y a otros escritores mexicanos que vivieron o pasaron por su país.

En cierta ocasión, nos encontramos en los comedores de la Quinta Normal, durante un agasajo de la Sociedad de Escritores. Al terminar el almuerzo, mientras los convidados se dispersaban, Prado y yo tomamos por las avenidas vecinas al Museo de Arte Moderno. El parque tiene un aire popular. Un trencito escénico da un silbato y rubrica de pronto con su estruendo el silencio de la tarde. Prado me explica que ese fué el paseo elegante de los santiaguinos a principios de siglo. La quinta de los Prado se alza en un barrio suburbano. Nos encaminamos hacia allá y a medida que nos acercábamos a la avenida Mapocho voy confrontando el aspecto de la barriada con la descripción que Prado hizo en algún capítulo de *El Juez Rural*. Cruzamos el jardín delantero. En el vestíbulo y en los salones hay sarapes de desvaídos colores, tibores de Talavera de Puebla y algunos otros objetos que me evocan gratamente la patria lejana. Mientras tomamos una copa de anís en la terraza, me muestra la torre que se levanta en un ángulo de la construcción. Allí se celebraban las iniciaciones de la cofradía de "Los Diez". Me enseña libros curiosos, retratos familiares y me refiere detalles de las bromas literarias de su juventud, a la vez que pone en mis manos la edición original de *Fragmentos* que bajo el seudónimo de Karez-I-Roshan publicó en 1921, y la fotografía de un anciano de barbas bíblicas tomada a un vendedor del Mercado Central la que se difundió como imagen del poeta oriental autor de la obra, con la que hicieran burla y escarnio de ciertos críticos, que alardean de descubridores de exóticas literaturas. Y en el sosiego de esta casona que irradia de sus viejos jardines un sentimiento de resignada melancolía y diáfana soledad, el poeta de *Alsino* se explaya conmigo sobre los sueños que persigue en su reposo henchido de presentimientos maravillosos.

La última aflictiva noticia que recibo de Chile es la muerte de Prado a quien estimé grandemente como amigo y como escritor.

No cabe duda de que el grupo que él alentó ejerció influencia decisiva en la renovación literaria y artística de Chile, en la reforma del gusto, en la depuración del estilo y en el enriquecimiento de nuevos valores. Su primera obra poética, *Flores de Cardo*, apareció en 1908, *Los Pájaros Errantes*, en 1915. Le siguen *Las Copas*, *Camino de las Horas*, *El Otoño en las Dunas*, *Esta bella ciudad envenenada*, 1945, y *Nada más que una rosa*, 1946. Publicó, además, una narración fantástica *La reina de Rapa-Nui*, 1914; la novela *Un Juez Rural*, 1924; su fantasía *Alsino*, 1920, que tiene más de poema que de novela, y la tragedia *Androvar*, 1925.

Si en sus últimos libros de poesía, algo pierde en densidad y acaso en emoción, la forma es siempre esmerada y pulcra; pero a Prado le bastaría un solo libro como *Alsino* para su perduración.

* * *

Otro de mis gratos encuentros fué el de Eduardo Barrios de quien había leído *Un Perdido* (1917), donde principié a conocer algunos aspectos de la vida y de las instituciones chilenas, particularmente del ambiente de la ciudad en que el autor ahonda el estudio psicológico de sus personajes. Había leído también su breve y sutil novela introspectiva *El niño que enloqueció de amor* (1915) y *El hermano asno* (1922), cuya trama de profundas inquietudes místicas se desarrolla en el ambiente de un monasterio enmarcado en el paisaje chileno. Lo conocía, pues, literariamente y estimaba al escritor, pero la relación con el hombre me hizo aquilatar en todo su valer a este espíritu modesto y asequible, generoso y cordial, que posee las mejores cualidades de su pueblo. Fué con Eduardo Barrios una de las personas con quien mayores contactos tuve en Chile.

Mi recuerdo lo sitúa en el ambiente de la librería "Nascimento" o en el salón de mi casa donde platicamos horas interminables.

Barrios, que fué a través de su vida un aventurero por la diversidad de oficios y situaciones que ha alcanzado, pues pasó por las

aulas de la escuela militar, fué taquígrafo parlamentario, expedicionario en los trópicos, salitrero, comisionista, periodista, director de la Biblioteca Nacional y ministro de Educación, con la cual ha acumulado un acervo de experiencias y recuerdos, es un grato conversador de acento suave y familiar.

Lo traté aureolado por la fama que le trajo el Premio Nacional de Literatura y especialmente la publicación de su magistral novela *Gran Señor y Rajadiablos* en la que pinta con extraordinario vigor y certero estilo la vida de la sociedad chilena del campo. El libro abunda en descripciones de costumbres, caracteres y retratos, pues no hay que olvidar que Barrios es uno de los grandes maestros de la novela psicológica, como lo demuestra una vez más en su reciente obra *Los Hombres del Hombre*, que ha acrecentado su celebridad.

Gran Señor y Rajadiablos no es en realidad la historia de un personaje, es más bien la descripción de la sociedad rural de Chile, principalmente de la generación pasada, aunque en los actuales hacendados todavía persisten los esenciales rasgos de José Pedro Valverde, héroe del relato. En efecto, todos los personajes desde el cura rural, llamado el "Quijote Místico" que tenía el cuádruple papel de terrateniente, conductor de almas, abogado y caudillo político, hasta el último peón, todos tienen el culto al país, de su tierra y del trabajo, un orgullo de la obra hecha, un espíritu alegre, un desprecio por las convenciones sociales y una sensualidad y virilidad predominantes; todos son "potros de campo" que se sueltan con las manadas y se reproducen sin registro.

Esta novela es una pintura minuciosa de la vida campesina; en ella se encuentran desde las amargas decepciones por las pérdidas de cosechas o animales; desde los dolores y tribulaciones de accidente y muerte hasta las alegrías y regocijos; todo, desde las luchas contra los bandoleros, hasta las batallas contra la burocracia, leyendas, supersticiones, bailes. A este propósito "la cueca", lindo baile popular, es descrito por Barrios de manera tan viva que no resisto a citaros

el pasaje completo. "La cueca chilena, que no tiene ya relación directa con las jotas y zapateos españoles, ni con los jocundos y cróticos bailes afroperuanos, fué compuesta por el huaso "por estlizado reflejo de su propia realidad campesina".

"Se ha de bailar, pues, interpretando lo que realiza el jinete nuestro cuando asedia y coge a la potranca elegida dentro de la medialuna. Representa la gloria de sus dos pasiones: china y caballo. Virilidad de domador y de galán hay en su continente y en sus intenciones. Los primeros pasos remedan el cambio de terrenos: él ha "echado el ojo" a su presa y ella se le pone alerta y lo enfrenta desde suelo inverso. El brazo viril bornea el pañuelo como si borneara el lazo. Van y vienen, ella y él, primero en semicírculos opuestos, se diría que desde las dos mitades de aquel redondo corral, salón de sus mejores fiestas, cerca el uno, la otra repite la curva en fuga o defensa. El ataca siempre y ella, encarándose, esquiva. Los movimientos del cuerpo masculino traducen los del jinete: la mano bornea lenta y a compás, los pies avanzan y retroceden, cambian el paso, se agitan como los remos del caballo, las espuelas cantan; pero entre brazo y pierna el tronco se mantiene inmóvil y elegante, con el equilibrio del equitador sobre su montura en la escuela criolla. Poco a poco, el amor ecuestre y el amor humano se confunden, transfiguran a los bailarines. El acecho se vuelve madrigal; la lucha, coloquio; el pañuelo quiere atar los pies de la elegida. Ya se comprenden, ya se aman. Si ella todavía rehuye, lo hace para seducir mejor. Si él acomete, brinda con la boca el beso. Al fin zapatean porque la conquista se ha consumado. Dominio, entrega, delirio. Una mujer, una ideal potranca, dos seres unidos, identificados en la pasión campesina".

* * *

Si alguno de vosotros va alguna vez a Santiago, os recomiendo buscar a Mariano Latorre otro de los grandes escritores chilenos.

Lo encontraréis seguramente acompañado de su inseparable discípulo y amigo Juanito Uribe, cuya tesis universitaria versó sobre *La Novela de la Revolución Mexicana*, y que como su maestro, es amigo del buen vivir y divertirse. No debéis sorprenderos de su informalidad, particularmente en las cuestiones que revisten etiqueta y solemnidad, pues siempre las rehuye con una voluntad abandonada a la alegría. De regular estatura, tez rosada, delgado de facciones, de ojos azules, frente despejada y cabellos castaños, pasea por las calles de Santiago su tenaz juventud proyectando siempre algún viaje que jamás realiza. Unas veces a España, otras a Cuba, y en ocasiones a México. Si pasa a su vera una guapa chilena, de las que abundan en Santiago, corta la conversación, os deja plantados en la acera y sale a escape tras ella, pues a pesar de sus sesenta y cinco años, "su sed de amar no tiene fin..." Pero debo decir en su elogio, que es un guía excelente de la buena cocina, de los amables vinos y del folklore de su tierra.

Este "bon viveur" que alterna la vida del trabajo y creación literaria con la bohemia, es esencialmente un cuentista, acaso el más completo de las actuales letras chilenas. Originario de la provincia del Maule, donde nació en 1886, vino a Santiago para estudiar la carrera de profesor en el Instituto Pedagógico, del que fué más tarde director. Aunque habitualmente vive en Santiago, ha recorrido morosamente el país en donde su experiencia y su amor por las cosas del campo se ha fortificado. En los *Cuentos del Maule* (1912), que fué el primer libro suyo que leí, hay páginas evocadoras de un encanto exquisito, pero su fuerza mayor reside en la descripción del paisaje que tiene palpitations casi humanas y se impone emocionalmente. Sus admirables cuentos forman ya una colección de varios volúmenes en los que destacan: *Cuna de Cóndores* (1918), *Chilenos del Mar* (1929), y *On Panta* (1935). Una idea restringida pero suficiente de la libertad y fuerza de expresión de este escritor, puede tenerse leyendo sus antologías: *Sus Mejores Cuentos* y *Chile, país de rincones*, en que está viva y latente la presencia

del paisaje, del mar, de la montaña, del valle, en fin la gran riqueza y variedad del paisaje chileno que por el largo litoral se encadena al pie de la cordillera andina, desde las pampas salitreras del norte, hasta las islas y fiordos azules de Magallanes batidos sonoramente por el Pacífico austral.

* * *

Os hablaré ahora de Joaquín Edwards Bello, uno de los más grandes escritores de América y también uno de los espíritus más esquivos que he conocido. Mis entrevistas con él fueron raras a pesar de la mutua simpatía y de las inquietudes literarias que nos acercan. Lo conocí por casualidad en un banquete en que ambos nos buscamos y conseguimos ocupar lugares juntos y a través de una larga plática, confirmamos nuestra amistad y afecto. El anuncio de los discursos truncó con su fuga, renuente a la oratoria de sobremesa, la plática en que su gentileza había suscitado temas relacionados con la vida de México. Unicamente, otro encuentro más, también casual, tuve con Edwards Bello, pero si no frecuenté su trato personal, en cambio, fui asiduo lector de las magistrales crónicas que con regularidad publica desde hace tiempo en las columnas de "La Nación" de Santiago, y he seguido con íntima complacencia su trayectoria literaria desde *El Roto* que le valiera tanta popularidad, hasta *Valparaíso, ciudad del viento*, *Criollos en París* y *El Chileno en Madrid*, que son sus libros fundamentales. Edwards Bello, cronista de elegante y fácil expresión, que me recuerda la gracia sutil de nuestro Gutiérrez Nájera, es también un implacable crítico de los vicios sociales de su país y de su época, con la certera y valerosa actitud de un Larra. "Ningún escritor chileno, ha dicho de él Armando Donoso y yo así lo sentí a través de sus lecturas, ha prodigado su talento, claro, luminoso, con la generosidad de este maestro".

* * *

También colaborador de "La Nación" pero hombre de un espíritu totalmente diferente, expansivo, dominador de todo auditorio, Ricardo A. Latcham, fué uno de los amigos que más traté y con quien me unieron lazos más cordiales. Lo conocí personalmente en Panamá durante una visita que hizo a la Universidad de aquel país invitado para dar una serie de conferencias por el maestro Octavio Méndez Pereyra. Desde allí atrajo mi atención su fogosa y magistral elocuencia que debía admirar después durante mi estancia en Chile. Latcham que ha sido orador parlamentario, cuya dialéctica vivaz dejó huellas en la Cámara, es hombre de polémica y vastísima cultura que brilla en la conversación de manera extraordinaria, tiene el genio de la palabra, su charla es cautivadora y a veces la expresión se vuelve hiriente pues las deficiencias públicas y las fallas políticas exasperan su furor. "Esto me hace subir la presión", me dijo varias veces, agitado por algo que condenaba, mientras le afluían al rostro oleadas de sangre. Retirado de los asuntos públicos, consagra su tiempo a la enseñanza en el Instituto Pedagógico, donde estimula las inquietudes intelectuales de la juventud, y a sus reseñaciones y crónicas literarias, exponentes de la mejor crítica orientadora y constructiva.

* * *

No puedo evocar con el detenimiento que quisiera a otros amigos que ocupan lugar importante en mi estimación y afecto, pues esta galería haríase demasiado extensa. A mi pesar pues, tengo que limitarme a enunciar nada más sus nombres. Comenzaré recordando a Angel Cruchaga Santa María, el gran poeta, actualmente casi ciego, paseando en los alrededores de Santiago entre los manzanares y pomaredas de La Reina; Juvencio Valle, cuyo libro último de

poemas *El hijo del guardabosque*, lo confirma como una de las más seguras esperanzas de la poesía de América; a Luis Durand, autor de una densa novela, *Frontera*, en la que recoge con fidelidad y realismo fonológico, la vida y el lenguaje del pueblo, pero cuyo verdadero dominio apunta en el cuento de aguda observación psicológica popular y gracia maliciosa; a José Santos González Vera, autor de *Vidas Mínimas*, *Albué* y *Cuando yo era muchacho*, que me recuerda, por la fineza de su prosa el recato de su sentimiento y la suavidad de su ironía al mexicano Mariano Silva y Aceves; al poeta Carlos Préndez Saldías; al novelista Alberto Romero; a Tomás Lago, a Antonio Acevedo Hernández y a Oreste Plath, que me descubrieron el folklore y el lenguaje popular; al orador Manuel Eduardo Hübner; a Guillermo Labarca Hubertson, autor de un breve y admirable libro, *Mirando al Océano*, y a su esposa, la ilustre educadora Amanda Labarca que tan amablemente me invitara a dar un cursillo sobre México en la Escuela de Verano de la Universidad Nacional; finalmente, quiero dedicar un recuerdo al poeta Gerardo Seguel, que con tanto cariño se acercó a mi residencia en Chile, y el que infaustamente pereció en un estúpido accidente de tránsito.

* * *

Santiago es una ciudad sumamente placentera. Cuenta con teatros, salas de conciertos, galerías de arte y opulentas bibliotecas; más recogida que México y Buenos Aires, facilita los contactos y el intercambio de ideas, propósitos e inquietudes; el espíritu de su gente le da animación y cordialidad. Las puertas de clubes y salones se abren al visitante intelectual con amable disposición.

No es raro encontrar entre los invitados gentes interesantes; en el mismo cuerpo diplomático tuve oportunidad de tratar a un selecto grupo de escritores: al historiador Bowers, embajador de los Estados Unidos; al crítico de arte José Gabriel Navarro, embajador del Ecuador; a los novelistas Jorge Fernández y Aguilera Malta, a

los periodistas Carlos Miró Quesada, embajador del Perú y Joaquín Estrada Monsalve, embajador de Colombia. Las tertulias, por ejemplo, en casa de la escritora María Flora Yáñez, me dejaron los mejores recuerdos personales pues allí conocí a muchos de los escritores que después serían mis amigos.

Santiago es, en suma, una ciudad culta en la que hay toda clase de espectáculos.

El teatro interesa allí enormemente; hay un movimiento de renovación escénico que inició hace diez años el Teatro Experimental de la Universidad de Chile, llevando primero a la escena piezas muy sencillas y luego el repertorio más apasionante del teatro español, francés, italiano, inglés y norteamericano. Tarea no menos interesante, tanto por la formación de autores y técnica teatrales, como para la elevación cultural del público, sostiene el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica que ha montado con mucho esmero numerosas obras del teatro universal. Con orientaciones semejantes el teatro "L'Atelier" ha emprendido una labor de exigente calidad, y aun entre el intrascendente repertorio de las compañías profesionales suelen incluirse espectáculos de alto contenido espiritual.

Las actividades musicales se hacen sentir, a las veces por medio de la Orquesta Sinfónica y los conjuntos de música de cámara que durante la temporada de invierno, todos los años, dan excelentes audiciones. Trabaja además, en la creación musical, un interesante grupo en el que figuran Urrutia, Letelier, Amengual, Orrego Salas y otros más jóvenes alentados por el musicólogo Domingo Santa Cruz.

El ballet formado por elementos locales, que dirige Kurt Joost, secundado por Uthoff, podría significarse en cualquier parte del mundo, pues a los programas europeos, ha incorporado nuevos temas coreográficos inspirados en la gallardía y belleza de la mujer chilena, que el conjunto ejecuta con extraordinaria gracia y sentido rítmico.

Aunque el medio es reducido, hay sin embargo, numerosas ga-

lerías de pintura. No existen fresquistas como en México —los únicos murales son los que David Alfaro Siqueiros y Xavier Guerrero pintaron en la "Escuela México" de Chillán— pero la pintura tiene un sitio importante en la vida chilena. Se inició apenas en el siglo pasado con el mulato peruano José Gil de Castro y continuaron con el retratista francés Raimundo Monvoisin y sus discípulos. También influyó en ella el alemán Rugendas cuyas obras vi en el Museo de Arte instalado en un palacio de estilo francés, y que tienen las limitaciones del costumbrismo, aunque no exentas de gracia. En el mismo Museo, visité una interesante exposición retrospectiva del retrato en Chile y otra de arte francés moderno que incluyó algunas buenas muestras del impresionismo. La sorpresa más agradable me la dió Juan Francisco González, el pintor impresionista que interpretó el paisaje santiaguino con deslumbrante paleta. Vi también exposiciones de Agustín Abarca, Camilo Mori, José Machado, Mirreya Lafuente, Fontecilla, el rumano Racz, el holandés Jean Bartelsman. Los pintores no están solos, el público compra sus cuadros y una crítica operante y solidaria en la que se distinguen Antonio R. Romera y Víctor Carvacho, joven pintor de visión original y gran potencia subjetiva, difunde y subraya las cualidades de la obra plástica.

El ambiente culto y amable de Santiago ofrece estímulos intelectuales, a los que un diplomático, si además es hombre de letras, no puede ser indiferente. Fué así, como una tarde en que recorría la Sala Medina en compañía de Feliú Cruz, conservador de la misma, y el poeta Juvencio Valle, me encontré con los incunables mexicanos atesorados por el ilustre bibliófilo y bibliógrafo José Toribio Medina, autor de *La Imprenta en México*. Entonces se me ocurrió organizar una exposición bibliográfica en la que se exhibieran, juntamente con las ediciones mexicanas de los siglos XVI, XVII y XVIII, las románticas y modernas. Para la realización de mi objeto conté con la generosa ayuda del escritor Augusto Iglesias, director de la Biblioteca Nacional, de su secretario y del crítico Agustín

Billa Garrido. Igualmente colaboraron en el calendario de conferencias que sobre la cultura mexicana se dictaron en el transcurso de la exposición, Mariano Latorre que habló sobre Azuela, Feliú Cruz sobre la vida de José Toribio Medina y las relaciones diplomáticas entre México y Chile, Latcham sobre el cuento mexicano, Silva Castro sobre Alfonso Reyes y Jacobo Danke sobre la poesía mexicana moderna. Los diarios y las estaciones radiofónicas se ocuparon del suceso y los suplementos dominicales consagraron sus ediciones íntegras a difundir textos de nuestras letras. El éxito de la exposición no pudo haber sido más satisfactorio.

Para mí es siempre grato pensar en Chile. Si exceptúo un dolor familiar ajeno a la contingencia de mi estancia en aquel país, diría, que mi viaje bajo el signo de la Cruz del Sur, había sido perfecto. Paisaje, ambiente, trato social, todo fué deleitable y cordial. Conservo de él, por lo mismo, un hondo, diáfano e imperecedero recuerdo. Forma parte de esos íntimos tesoros que encantan la soledad de los días errabundos.